

C
860
A.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



PQ 6502
AL
1917
v.2

*Este libro es propiedad de su autor.
Quedan hechos los depósitos que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



I

Batalla de Tetuán.

Del Campamento enemigo, á 4 de Febrero de 1860.

Tu, infanda Libia, en cuya seca arena
cayó vencido el reino lusitano
y se acabó su generosa historia,
no estés alegre y de ufanía llena
porque tu temerosa y fiaca mano
alcanzó tal victoria,
indina de memoria;
que si el justo dolor mueve á venganza
alguna vez el español coraje,
despedazada con aguda lanza
compensarás muriendo el hecho ultraje,
y Luco, amedrentado, al mar inmenso
pagará de africana sangre el censo.

(HERRERA.)



VICTORIA! ; Victoria! ; Dios ha combatido
con nosotros! ; *Tetuán* será nuestro dentro
de algunas horas!

; Echad las campanas á vuelo! ; vestíos
de gala! ; corred á los templos y alzad himnos
de gratitud al Dios de las misericordias!
; Regocijaos, Españoles! ; Pasead en triunfo,
por ciudades y aldeas; por campos y montañas,
el pabellón morado de Castilla! ; Empavesad los
barcos! ; Prended de los balcones vistosas colgaduras;
recorred las calles con músicas y danzas;
visitad los sepulcros de nuestros mayores;
despertad de su sueño eterno á los once Alfonsos,
á los Sanchos y Fernandos, á Isabel la Católica
y á Cisneros, al Cid y á D. Juan de Austria;
encómendad al padre Tajo que lleve la fausta

nueva á nuestro hermano el Portugal; repique gozosamente la campana de la Vela; cubrid de negros paños el alcázar de Sevilla y la Alhambra; sembrad de flores las llanuras del Salado, de las Navas y Clavijo; resuenen desde Irún á Trafalgar y desde Reus á Finisterre salvas y aplausos, vítores y serenatas; canten los poetas; entonen un *Tedéum* los sacerdotes; enjuguen su llanto las madres, las huérfanas y las viudas que han perdido en esta Guerra las más queridas prendas de su alma, y sea la tierra leve, y gloriosa la resurrección, á los ínclitos héroes que han muerto á nuestro lado!

Pero dejemos ya la poesía de las palabras, y vengamos á la poesía de los hechos.—La mera fecha de este capítulo lo dice todo... ¡Hemos vencido una vez más! ¡Hemos vencido una vez para siempre! ¡Hemos coronado nuestra larga obra!—Estamos á las puertas de *Tetuán*: los Campamentos enemigos han caído en nuestro poder; los Ejércitos marroquíes huyen deshechos y atribulados por esas montañas. ¡Sus cañones, sus tiendas, sus equipajes, sus víveres, todo lo han dejado en nuestras manos!—Escribo en la tienda del príncipe y general Muley-Ahmed. Nuestros más humildes soldados dormirán esta noche sobre las alfombras y bajo las tiendas de los vencidos jefes del Imperio. ¡El pabellón de España ondea sobre la *Torre de Jeleli*, sobre la tienda de Muley-Abbas, sobre cien quintas y caseríos!—Los himnos que tocan en este instante nuestras músicas son repetidos por los ecos de las murallas de *Tetuán*. Nuestros cañones, puestos ya en batería, amenazan á la ciudad infiel, y sólo la clemencia y el respeto á la desgracia nos impiden reducirla á escombros...—¡Qué triunfo tan rápido, tan completo, tan maravilloso!

Anoche á estas horas (bien lo recordaréis) nos

hallábamos á dos leguas de aquí, en la arenosa playa, agitados por mil ocultos temores.—Hoy... ya está todo terminado. La misma Guerra acaso ha concluído. El sitio de la plaza será de todo punto innecesario. ¿Qué puede hacer sino rendirse?—; Se acabó, pues, la sangre! ¡Terminó el largo martirio de nuestras tropas!—; Oh, qué dichosa será España dentro de algunos momentos!—; Patria del corazón! ¡Cómo nos gozamos desde ahora en tu alegría!

Pero demos tregua por un instante á tan noble entusiasmo. Recordemos el día de hoy; retrocedamos á nuestro antiguo Campamento; describamos la portentosa batalla, antes de que nuevas impresiones borren ó empalidezcan sus vivísimas imágenes; hagamos, en fin, que vuelva á aparecer en Oriente el fausto Sol que acaba de ocultarse, y alumbre otra vez su bendecida llama este venturoso 4 de FEBRERO, que vivirá eternamente en las páginas de la Historia.

Toda la noche de ayer sopló un helado viento del Norte, que por vez primera nos hizo probar este año el riguroso frío del invierno. Antes del día nevó un poco, después de lo cual mudóse el viento en manso Levante, que dulcificó la temperatura y convirtió la nieve en ligera llovizna. Por último, al amanecer de hoy observamos que todos los buques surtos en la rada se hallaban ya en franquía, dispuestos á abandonarnos si arreciaba el viento; en cuya virtud, y visto el cariz que presentaba la atmósfera, revocóse la orden de decampar, y se mandó á todo el Ejército esperar armado y con los equipajes corrientes hasta recibir nuevo aviso. —; Figuraos nuestra desesperación!...

Pero, dichosamente, á eso de las ocho y media quiso Dios que se cambiara de pronto el Levante

en Poniente seco y apacible: despejóse inmediatamente el cielo; salió el Sol, y los vapores apagaron en el acto sus calderas...

Dióse, pues, resueltamente la orden de marcha, y la más dulce alegría volvió á todos los corazones.

Un momento después no había otras tiendas á las orillas del *Martín* que las del CUERPO DE RESERVA, el cual debía permanecer allí defendiendo los fuertes últimamente construídos y protegiendo nuestra retaguardia.—Las demás tiendas desaparecieron como por encanto, y una larga hilera de acémilas empezó á desfilar río arriba con dirección á *Tetuán*.—Es decir, que jugábamos el todo por el todo.

Entretanto, la tropa había tomado un ligero rancho y se formaba ya por Batallones en el lugar que antes ocupaban sus tiendas. El General en Jefe y su Cuartel General recorrían la llanura en observación del enemigo, y los oficiales de Estado Mayor iban de un lado á otro, á todo escape, transmitiendo órdenes y organizando la expedición.

En el Campamento moro notábase también alguna novedad. El número de sus tiendas se había aumentado, y muchas habían cambiado de lugar durante la noche, ocupando ahora las crestas de las montañas, cual si se hubiesen puesto también *en franquía*...—Indudablemente, los Moros sabían que les atacábamos hoy.

Dada la señal de partir, las tropas atravesaron el río Alcántara por cuatro puentes que el Cuerpo de Ingenieros había echado anoche al amparo de las tinieblas, y á los pocos minutos de marcha aparecían formadas á la vista del enemigo, en el mismo orden que debían conservar durante toda la refriega.

Este orden era el siguiente:

El SEGUNDO CUERPO, al mando del general

Prim, marchaba por la derecha, con dos Brigadas escalonadas por Batallones, y las otras dos, á retaguardia, en columnas cerradas.—Entre unas y otras iban dos baterías de Montaña y dos del Segundo Regimiento Montado.

El TERCER CUERPO, mandado por el general Ros, caminaba á la izquierda en la misma forma, llevando en su centro tres Escuadrones del Regimiento de Artillería de á caballo.

Entre ambos Cuerpos de Ejército iba el Regimiento de *Artillería de Reserva*, precedido de los *Ingenieros*.

Y detrás de éstos extendíase toda nuestra CABALLERÍA en dos líneas, como cerrando la marcha y escoltando á las masas de Batallones.

En cuanto al CUERPO DE RESERVA, á las órdenes del general D. Diego de los Ríos, ya dejó indicado que debía avanzar independientemente, por nuestro flanco derecho, hasta la altura del *Reducto de la Estrella*, en donde permanecería amenazando de continuo la extrema izquierda del Campamento moro; pero sin empeñar acción, á menos que el enemigo cayese sobre él ó intentase atacar nuestra retaguardia.

Quedaban con este Cuarto Cuerpo dos Baterías, una de ellas de Montaña, y la otra del Quinto Regimiento Montado (1).

Cerca de una hora pasaría aún sin escucharse ni un solo tiro. El SEGUNDO y el TERCER CUERPO adelantaban lentamente por el llano, con el arma al hombro y en la más correcta formación. Un silencio imponente y majestuoso reinaba en las filas, interrumpido tan sólo por el acompasado andar de las masas sobre la hierba y por el áspero crujir de las ruedas de los cañones.

(1) Recordaréis que el PRIMER CUERPO de Ejército, mandado por el general Echagüe, se quedó guarneciendo el *Serrano* cuando emprendimos nuestra marcha el 1.º de Enero.—Por eso no he vuelto á hablar de él.

A eso de las diez se saludaron al fin los dos Ejércitos. Una de las *lanchas cañoneras* que subían por el *Martín* protegiendo nuestro flanco izquierdo contra el daño que á mansalva hubiera podido hacérsenos desde el lado allá del río, avistó algunos Moros que venían por aquel lado y les hizo fuego. — Este primer cañonazo bastó para alejarlos; pero, como si aquella hubiese sido una señal aguardada con impaciencia, á nuestro disparo respondieron inmediatamente los cañones de las trincheras moras, y dióse por principiada la batalla.

Los gruesos proyectiles que nos lanzaba el enemigo alcanzaban á nuestros Batallones, si bien no les causaban gran daño. Los Artilleros marroquíes tiraban por elevación, y las balas caían en los claros de nuestras filas. — Seguimos, pues, caminando, sin atender á aquel mal dirigido fuego ni contestarles por entonces.

Así llegamos á situarnos á unos mil setecientos metros de las baterías contrarias. — Su cañoneo era cada vez más vivo; la *Torre de Jeleli* había unido sus disparos á los de la llanura; los globos de plomo pasaban zumbando sobre nuestra frente, como aerolitos atraídos por la Tierra; las columnas de aire que conmovían azotaban á veces nuestro rostro, y el golpe brusco y ahogado que daban al sepultarse en el suelo se parecía al último resoplido del toro cuando fenece ó de la locomotora cuando se para.

Los Moros entretanto, viendo que nuestro movimiento era siempre de frente y con dirección al extremo Sur de sus trincheras, comprendieron en parte nuestro plan; y, dejando á sus cañones y á sus infantes el cuidado de defender los amenazados Campamentos, avanzaron por nuestro flanco derecho en número de cuatro ó cinco mil jinetes, con el visible propósito de interponerse entre nosotros y el terreno que aca-

bábamos de abandonar, y atacarnos por retaguardia cuando más empeñados estuviésemos por el frente.

Pero al general O'Donnell no le inquietó aquella maniobra. Lo admirable de su plan era haber adivinado y prevenido todo lo que los Mahometanos habían de intentar hoy. El CUARTO CUERPO, que permanecía inmóvil y sobre las armas en el *Reducto de la Estrella*, tenía precisamente otro encargo que evitar: el que los Moros nos envolviesen de la manera que ya procuraban hacerlo. Dejó, pues, el Conde de Lucena al general Ríos el cuidado de entenderse con la Caballería marroquí, y continuó marchando hacia el Campamento de Muley-el-Abbas.

Llegamos, en fin, á encontrarnos á un kilómetro de las baterías enemigas, y sólo entonces se mandó hacer alto á nuestras masas y avanzar á la *Artillería de Reserva*. — Diez y seis cañones ocuparon instantáneamente la vanguardia, y rompieron vivísimo fuego contra la posición enemiga. Densa cortina de humo nos robó un instante la vista del Campamento moro, largo trueno ensordeció el espacio, y la salvaje soledad de los montes circunvecinos se estremeció hondamente con el fragor de la descomunal batalla... —; Magnífica, soberbia sinfonía; digno prólogo de la espantosa tragedia que se preparaba!

Ya en adelante, la ruidosa tempestad fué aumentado en rápido *crescendo*. A la *Artillería de Reserva*, que empezó á ganar terreno, marchando por Baterías, unió pronto sus bárbaros estampidos la *Artillería Rayada* de á cuatro, de la que un Regimiento entero salió al galope por nuestra izquierda, principiando á batir el flanco derecho de los atrincherados Marroquíes.

Alojó, en su consecuencia, un poco el fuego de las piezas enemigas. El nuestro, en cambio,

se duplicó en breves instantes. Dos nuevos Regimientos de Artillería entraron juntos en fuego, vomitando granadas encendidas, mientras que dos Baterías más, del Segundo Regimiento Montado, cañoneaban el extremo Norte del Campamento moro y rechazaban las fuerzas de Infantería y Caballería que bajaban á apoyar á los seis mil jinetes agrupados en torno de las posiciones del general Ríos.

Por lo que allí pudiera acontecer, mandó entonces el Conde de Lucena al brigadier Villate que se corriese por aquel lado con sus Escuadrones de Lanceros, y obrase en combinación con el CUERPO DE RESERVA si los Moros insistían en atacar nuestra retaguardia; dispuesto lo cual, nosotros continuamos marchando por nuestra parte en el seno de una verdadera tormenta.

Aun no se había disparado un tiro de fusil ó de espingarda. — Sólo el cañón tronaba reciamente en la llanura. — Así llegamos á unos seiscientos metros de las fortificaciones enemigas.

En este momento se presentaron por nuestra izquierda, siguiendo el curso del Guad-el-Jelú, algunos Moros de á pie y de á caballo; pero el general Mackenna se adelantó á su encuentro con dos Batallones, y el fuego de nuestras guerrillas bastó para rechazar á los Agarenos hacia la plaza. Sin embargo, el bravo General (ya protegido por la *Brigada de Lanceros*, que mandaba en persona el general Galiano) permaneció hasta el fin del combate en aquella comprometida posición, interpuesto entre la ciudad y el Campo de batalla.

En el ínterin, el TERCER CUERPO se adelantaba al SEGUNDO, que había vuelto á hacer alto; seguía un recodo del *Martín*; rebasaba denodadamente el ángulo de la trinchera enemiga; hacía un cambio de frente sobre la derecha, y amena-

zaba el flanco izquierdo de los Moros, á cuatrocientos metros de distancia de sus cañones...

A igual altura se puso por el frente el SEGUNDO CUERPO.—Es decir, que el Campamento de Muley-Ahmed estaba medio envuelto.—; Acercábase, por tanto, el momento de la suprema embestida!... Nuestras Columnas se pararon por tercera vez.

Tratábase de apagar los fuegos de la Artillería enemiga antes de emprender la lucha de unos infantes contra otros. Pero las trincheras de los Musulmanes, construídas con tierra, y arregladas á los adelantos del arte, no permitían á nuestras piezas desmontar las suyas. Causaban, sí, grandes destrozos en las fortificaciones; introducían la muerte y el espanto en los que las custodiaban; hacían callar á veces á todas sus bocas de fuego..., mas al poco rato volvían éstas á bramar sedientas de matanza, mientras que desde la *Torre de Jeleli*, desde la Alcazaba de *Tetuán* y desde las artilladas puertas de la misma plaza nos enviaban una incesante lluvia de sólidos proyectiles...

Nuestros bizarros Artilleros no desisten, sin embargo, de su propósito; y adelantados á todo el Ejército, á pecho descubierto (y no detrás de espesas murallas, como los Marroquíes), colocan en batería euarenta piezas, y rompen un cañoneo horroroso, cerrado, incesante, contra los fuertes enemigos.—; Nunca faltan del aire diez ó doce granadas!—; Nunca se interrumpe el prolongado trueno de los bronces!

En esto principian á alzarse nubes de polvo revueltas con el humo de las Baterías contrarias.—; Es la trinchera que se derrumba!—; Además, muchas granadas entran en el campo contrario y revientan á nuestra vista, incendiando las tiendas y destrozando á los hombres, cuyos cuerpos vemos volar en pedazos...—; Todo in-

útil, sin embargo! ¡Nada quebranta hoy el desesperado valor de los Agarenos!

De pronto, elévase una anchísima, densa y aplomada columna de humo, que, arrancando de entre las tiendas islamitas, sube á nublar el infinito cielo; y un estruendo nunca oído, superior al estampido de mil truenos, resuena al mismo tiempo en aquel lugar, haciendo estremecerse hasta el húmedo suelo que pisamos...—¡Oh, ventura! ¡Es que una granada nuestra ha caído en un repuesto de pólvora, y lo ha volado!—¡Qué regocijo en nuestras filas! ¡Cómo se adivinan los estragos que habrá producido esta catástrofe en el Ejército enemigo!

Y nuestra Artillería avanza siempre, corriendo y disparando, estrechando cada vez más en un círculo de bronce el codiciado Campamento...—Las *Baterías* de á caballo se baten en guerrilla... Hay una, la del capitán Alcalá, que gallardea vistosamente delante de los cañones marroquíes... En pos de ellas avanzan las restantes con pasmosa serenidad. Y por los claros de las piezas adelántanse también los Batallones, *paso á paso*, porque así lo mandan los jefes; pero agitados, impacientes, fogosos, enardecidos hasta el frenesí, por el olor de la pólvora, por el estallido de los cañones, por la proximidad de la presa...

—¿Cuándo? ¿Cuándo?—parece que dicen nuestros soldados, nuestros bizarrísimos infantes, requiriendo sus bayonetas...

—¿Cuándo? ¿Cuándo?—parece que preguntan Ros de Olano y Prim, refrenando sus impacientes bridones, á la cabeza de las ordenadas tropas...

—¿Cuándo? ¿Cuándo?—exclama todo el mundo, viendo caer deshechos á algunos de nuestros soldados bajo las poderosas balas de los cañones enemigos...

—¡Ahora!—¡Ya!—¡Viva la Reina! ¡A la bayoneta! ¡A ellos!—grita de pronto el general O'Donnell, cuando calcula que nuestra Infantería puede llegar de un solo aliento, de una sola carrera, á las trincheras moras, y saltarlas, y penetrar en los Campamentos...

—¡A la bayoneta! ¡A ellos!—contestan veinte mil voces.

Y todas las músicas, todas las cornetas, todos los tambores, repiten la señal de *ataque*; y los treinta y dos Batallones, y la Caballería, y el Cuartel General, y la Artillería, y los Ingenieros, ¡todos, en fin!, acometen furiosamente á las posiciones enemigas, como impulsados por un solo y mágico resorte, como un pantano que rompe su dique, como la mar, cuando la vuelca sobre la playa un terremoto.

¡Oh momento!—¡Yo no sé describirlo! Su mero recuerdo inflama mis sentidos y agolpa á mis ojos lágrimas de entusiasmo...—¡Qué embriaguez!, ¡qué vértigo!, ¡qué locura aquella!—¡La alegría, el furor, la soberbia española, el miedo de que los Moros tuvieran tiempo de rehacerse, y nuestros soldados para cansarse; la súbita aparición de la Patria, regocijada por tan hermoso triunfo; la admiración y la gratitud que los unos sentíamos hacia los otros; la curiosidad de conocer el Campamento árabe; todo nos enardecía, todo nos arrebatava á tal punto, que jóvenes y viejos, próceres y reclutas, nos saludábamos y hablábamos sin conocernos, como para transmitirnos tanta felicidad!

¡Y, sin embargo, aquel momento era horrible, mortal, desastroso! Corriendo como íbamos, entre músicas y aclamaciones, entre *vivas* y jubilosa fiesta, mil y mil tiros nos recibían á boca de jarro.—¡Treinta mil enemigos guarnecían las dilatadas trincheras! ¡Treinta mil espingardas nos apuntaban al corazón!

Y ; cómo caían nuestros jefes, nuestros oficiales, nuestros soldados! ; Cuántos, cuántos, Dios mío!—Fueron treinta minutos de lucha, treinta minutos solamente..., ; y más de mil Españoles se bañaban ya en su sangre generosa!

Pero ; qué importaba?—Ni ; quién reparó en ello?—; Qué importaba, si nuestras tropas habían acometido de frente y de flanco, escalado el muro de tierra con manos y pies, derribado á las numerosas huestes que lo guardaban, tomado los cañones á la bayoneta (después de recibir sus últimos y mortíferos disparos á quemarropa), invadido el Campamento como una inundación, luchado cuerpo á cuerpo fuera y dentro de las tiendas, sembrado de muertos su triunfal camino, y puesto en vergonzosa fuga á todo el Ejército mahometano?

¿Y he de decir yo quién mereció más, quién penetró el primero, quién derramó más sangre enemiga?—; Todos fueron iguales! ; Todos eran uno solo! ; Todos acometieron con igual brío! ; Nadie pensó en sí propio, sino en el resto del Ejército! ; Nadie deseó triunfar por sí mismo, sino que triunfase España! ; Nadie trató de llegar al término de aquella carrera, sino de que llegase el Estandarte nacional!

.....
Y, con todo, ¿cómo pasar en silencio los más culminantes episodios de la jornada? ¿Cómo callar los hechos inmortales que he tenido la felicidad de ver?

Diré, pues, en primer lugar, el arrojo y bravura del General en Jefe, de D. Leopoldo O'Donnell, del héroe de la batalla...—Desde el día de los *Castillejos*, nadie le había vuelto á ver convertido de ordenador de la lid en instrumento de ella, de Jefe supremo en batallador, de capitán en soldado...—; Hoy, sí! Hoy volvió el entusiasmo á su alma, el fuego bélico á sus venas,

la ardiente poesía del combate á su corazón.—; Hoy, como nunca, inflamado, vehementemente, impetuoso, dominaba con su talla marcial y arrogante las masas de Infantería y Caballería; hoy, como en sus heroicos tiempos de Coronel, de Brigadier y de Mariscal de campo, lanzábase á las balas con el acero desnudo; buscando al enemigo, arengando á las tropas, lleno de actividad y fuerza, resplandeciente el rostro de júbilo y ternura, con el llanto de amor patrio en los ojos!

—*En avant! En avant!* (¡ Adelante! ; Adelante!) ; *Viva la Reina!*—gritaba, saltando la trinchera, metiendo su caballo en lo más recio de la lid, y penetrando de los primeros en el Campamento enemigo.

—*¡Soldados! ; Viva España!*—exclamaba otras veces, dirigiéndose á los que luchaban y á los que morían.

—*¡Viva la Infantería española!*—añadía, por último, volviéndose hacia el Cuartel General, también entusiasmado al ver la violencia irresistible de nuestros Batallones.

Y la voz, el gesto, la actitud del noble Capitán nos arrebatában á todos; nos subyugaban materialmente; nos hubieran hecho despreciar mil vidas que tuviéramos.

—*¡Viva O'Donnell!*—gritaban Generales y soldados.

—*¡Viva la Reina!*—gritaba el General en Jefe.

—*VIVA EL DUQUE DE TETUÁN!*—se oyó por primera vez en las filas de no sé qué Regimiento.

—*VIVA EL DUQUE DE TETUÁN!*—repetieron mil y mil voces, saludando espontánea y cariñosamente al antiguo vencedor de Lucena, al actual vencedor del Moro.

Y los acordes de la Marcha Real, confundidos con el *toque de ataque* que resonaba en una extensión de legua y media, solemnizaban aquella

augusta aclamación; la más verdadera, la más legítima y soberana de cuantas he presenciado en toda mi vida.

Diré también de los *Voluntarios Catalanes* la singular hazaña con que en un solo día han levantado su nombre á la altura del merecimiento de que ya gozaban los más afortunados héroes de toda esta Guerra.

Según solicitaron ayer, los nobles hijos del Principado iban de vanguardia, capitaneados por el general Prim; pero en el instante crítico de la carrera y del ataque, cuando ya les faltaban veinte pasos para llegar á la artillada trinchera, viéronse cortados por una zanja pantanosa, que altas hierbas acuáticas disimulaban completamente.

Caen, pues, dentro las primeras filas de *Voluntarios Catalanes*, y no bien lo notan los Moros (que contaban con semejante accidente), pónense de pie sobre sus parapetos, y fusilan sin piedad á nuestros hermanos. ¡Pero éstos no retroceden! ¡Sobre los primeros que se han hundido pasan otros, y los muertos y heridos sirven como de puente á sus camaradas!...

¡Vano empeño! ¡Inútil heroísmo!—Los Moros siguen cazándolos á mansalva, y ya no apuntan sino á aquellos que penosamente logran salvar el pantano y pasar á la otra orilla... ¡Así van cayendo, uno detrás de otro, aquellos bravos!...

Y, á pesar de esto, no desisten... Aunque la zanja está llena de muertos y heridos, han logrado juntarse al otro lado unos cien *Catalanes*... Intentan, pues, avanzar hacia la próxima trinchera; pero los Moros, que han crecido en número por aquella parte, los aniquilan con descargas cerradas...—¿Qué partido tomar?—Los *Voluntarios* se paran, como preguntándose si deben morir todos inútilmente en lucha tan des-

igual y bárbara, ó si les será lícito retroceder...

El general Prim, que estaba á retaguardia de los *Catalanes*, alentándolos para que ninguno dejase de pasar el tremendo foso, ve aquella perplejidad y oscilación de los que ya han saltado á la otra orilla, y corre á ellos, á todo escape de su caballo moro; pónese á su frente, sin cuidarse de las balas, y, con voz mágica, tremenda, irresistible:

—¡Adelante, *Catalanes*! (grítales en su lengua). ¡No hay tiempo que perder!... ¡Acordaos de lo que me habéis prometido!

¡No fué menester más! Los *Voluntarios* bajan la cabeza y acometen como ciegos toros á la formidable trinchera.

Prim va delante, como el día de los Castillejos... Llega, ve un portillo en el muro, y mete por él su caballo, cayendo como una exhalación en el Campo enemigo.

Espántanse los Moros ante aquella aparición... Algunos retroceden... Uno, más osado, llega blandiendo su gumía á dar muerte á nuestro bizarro General...

Este se convierte en soldado: blande su corvo acero, y derriba á sus pies al insolente Moro.

¡Simultáneamente, los *Voluntarios* se encaramaban como gatos por la muralla de tierra; penetraban por las troneras de los cañones; ensangrentaban sus bayonetas hasta el cubo; ven-gaban, en fin, á sus compañeros, asesinados poco antes á mansalva.

¡Brava gente! La tierra que los ha criado puede envanecerse de ellos. La primera vez que han entrado en fuego han perdido la cuarta parte de su fuerza. ¡Su jefe, el comandante Sagrañés, ha muerto como bueno á las veinte horas de desembarcar en Africa, cumpliendo al general Prim la palabra empeñada de dar su vida por el honor de Cataluña!—¡Honor á él y á sus valientes sol-

dados!—; Gloria á la tierra de Roger de Flor!
; Vítores sin cuento á la madre España!

.....
Mientras así se portaban los *Catalanes*, los Batallones de *León* y *Saboya* hacían iguales prodigios por su lado.

Saboya acometió de frente á un cañón..., al último que pudieron cargar los Moros... Ya le tocaba con la mano, cuando el formidable monstruo vomitó un torrente de metralla sobre la Compañía de Granaderos; y, ¡ay!, ¡la mitad de ella fué barrida, deshecha, bárbaramente mutilada!—Un teniente (D. Miguel Castelo), todos los sargentos y treinta y cinco soldados, cayeron muertos ó espantosamente heridos...—El teniente murió en el acto.

Mandaba la Compañía el capitán D. José Bernad y Tabuena.—*Mi General* (había dicho éste á Prim pocos momentos antes), ¡*quíteme usted de delante esa guerrilla!*—Y, una vez despejado su frente, entró en columna por la tronera, perdiendo la mitad de su tropa del modo que he dicho.—; Pero la primera persona que Bernad encontró en el Campamento moro fué al mismo general Prim, quien le tendió la mano, felicitándole ardentemente!

Proezas semejantes realizaban en otros puntos del parapeto el Regimiento de *León*, los Cazadores de *Alba de Tormes*, el primer Batallón de la *Princesa* y los dos de *Córdoba*.—; Todos iban penetrando en los Reales enemigos bajo el más espantoso fuego, ora disparando sus carabinas, ora empleándolas como mazas, ora acometiendo á la bayoneta!—; Prim estaba henchido de gratitud y de entusiasmo al verse á la cabeza de tales hombres!

.....
Al mismo tiempo que se tomaba de este modo el frente de la trinchera, el Cuerpo de Ejército

del general Ros de Olano, con el cual iba el general O'Donnell, penetraba como un torbellino por el flanco izquierdo...—; También allí encontramos fosos, acequias y parapetos; también allí el aire estaba cuajado de balas, y la muerte se cernía sobre todas las cabezas; también allí cada paso costaba una preciosa vida, y cada grito de ¡*España!* ¡*España!* celebraba prodigios de valor, arranques de heroísmo!

El Regimiento de *Albuera*, mandado por el intrépido Alaminos; *Ciudad-Rodrigo*, mi ilustre Batallón; el de *Zamora*, y uno de *Asturias*, entran los primeros en aquel teatro de gloria y de matanza... Cada tienda mora, cada árbol en flor, cada cañaveral, cada seto, presencia un desaffo, un lance personal, una lucha cuerpo á cuerpo. Los jefes ensangrientan sus espadas; los oficiales responden á pistoletazos á las espingardas marroquíes. El fuego es á quemarropa... El arma blanca y la de fuego se emplean á igual distancia. Los gritos de triunfo y los de agonía resuenan en discordante confusión. La Muerte, ciega ya y fatigada, no escoge sus víctimas, sino que blande su segur á diestro y siniestro, y así derriba á Moros como á Cristianos, y acaso muchas veces una misma bala hiere al adversario y al amigo, ó un Moro mata á otro, ó un Español derrama sin querer la sangre de su hermano...

; Horror! ; Horror!—Una escena semejante no podía durar mucho tiempo sin acabar con una y otra hueste...—; No duró!—Fué, según he dicho, una tempestad de treinta minutos... ; Treinta minutos en que más de tres mil hombres quedaron fuera de combate!

.....
Llegó al cabo un momento en que los Moros se vieron envueltos materialmente. El temerario general García, con algunos Guardias civiles,

llegaba por retaguardia... El general Mackenna los estrechaba más arriba... Ros de Olano, Turón y Quesada arremetían por toda la extensión de sus posiciones... Prim y Orozco avanzaban de tienda en tienda, siempre de frente y cada vez con mayor brío... Don Enrique O'Donnell subía ya por la derecha, con su División, apoderándose del Campamento de Muley-el-Abbas y encaminándose á la Torre de Jelcli. Nuestros cañones, en fin, volvían á tronar, lanzando una lluvia de granadas sobre los barrancos en que podían estar escondidos los Musulmanes tratando de rehacerse... —; Un minuto más de resistencia, y aquel anillo se cerraba y todo su Ejército era nuestro prisionero!...—; Ceder ó morir! ; Abandonar su Campo ó entregarse con él!...—A tal alternativa habíamos reducido al enemigo.

Decidióse, pues, por la fuga... Pero ; de qué modo! ; Nadie la vió nunca más resuelta, más declarada, más lastimosa!—Alguien debió de dar la voz de “; Sálvese el que pueda! ; Estamos envueltos! ; Estamos cortados!...” Ello es que, repentinamente, aquellos indómitos luchadores, que sabían pelear como acosados jabalíes y que parecían hoy decididos á perder la última gota de su sangre antes que abandonar sus Campamentos, depusieron las armas, prorrumpieron en gritos de terror, saltaron de entre los setos y la loma, y huyeron por todos lados, levantando las manos al cielo, y volviendo la cabeza para maldecirnos ó para saludar sus amadas tiendas, en que dejaban todo su haber, y además su honra y su esperanza...

Este pánico cundió por todas partes. La Caballería mora, tendida por la llanura (y que no había osado rebasar el *Reducto de la Estrella*, temerosa de verse envuelta por los Batallones del general Ríos), salió también á todo el escape de sus corceles, dispersa, desordenada, despavo-

rida, y se amparó de las montañas colindantes, por cuyas crestas desapareció bien pronto.—; Todos..., todos huyeron!—Y nadie les seguía, y ellos continuaban su cobarde fuga...

Dijérase que los habían abandonado á un mismo tiempo la fe, el valor, la dignidad, el patriotismo, ; todo!...—; *Está escrito!*, habrían exclamado probablemente; y corrían, corrían á ocultar su desventura, á reconciliarse con su Dios, á hacer penitencia, á llorar á solas, ó tal vez á matarse los unos á los otros en fratricida contienda, para no ver su mutuo dolor, ó para demostrarse recíprocamente que aun quedaba en sus almas abatidas un resto de ferocidad africana.

; Y cuán numeroso era el miserable enjambre de los fugitivos! ; Y cuánto nuestro orgullo al verlos desaparecer atropelladamente!—; Ya no podrían negarse á sí mismos, ni ocultar á su Emperador, ni disfrazar á los ojos de sus compatriotas el desastroso vencimiento que había castigado su soberbia! ; Ya no podrían menos de confesar que siempre los habíamos derrotado; que todas las fuerzas del Imperio eran nada contra nosotros, que su Dios temblaba ante nuestro Dios; que Marruecos debía rendir homenaje á España!

—“; Qué ha sido de vuestras tiendas, de vuestros cañones, de vuestra pólvora, de vuestras vituallas? (les preguntarán mañana las ciudades en que irán á guarecerse). ; Por qué tenéis hambre? ; Por qué pedís pan? ; Por qué lloráis? ; Qué habéis hecho de nuestros hermanos y de nuestros hijos?”

Y ellos tendrán que responder:

—“; Todo, todo ha caído en poder de los Españoles! ; Dios no quiere que podamos resistir á los Cristianos!”

Pero olvidemos á los Moros por un momento... ¡Volved, amigos míos, volved las miradas á nuestras vencedoras tropas, que recorren los cuatro Campamentos enemigos al son de la Marcha Real!

¡Ah! ¡Qué glorioso botín!—El Ejército marroquí ha dejado de merecer este nombre! Ocho-cientas tiendas de campaña de gran tamaño, muchas con adornos de colores, y entre ellas las de los dos Príncipes y las de todos los Jefes, están en nuestro poder. En las de los Muleyes había ricas alfombras, blandos divanes, lujosos muebles y vajillas de mucho precio. Algunas se hallaban atestadas de víveres: las había llenas completamente de naranjas, de harina, de cebada, de galleta, de dátiles y de maíz; en otras encontramos grandes provisiones de pólvora, de balas y de metralla; en todas había mantas, estereras, jaiques, arneses, espingardas, gumías, pistolas, puñales, jarros, morteros de piedra, mil y mil objetos de que se ha incautado al paso nuestra regocijada tropa, como señora y dueña, por derecho de conquista, de lo que ha ganado en buena lid.

Yo me he contentado con una *guzla* estrecha y larga (una especie de bandurria de dos cuerdas), sumamente melódica, construída con madera de olivo y piel de cordero, y en cuyo mástil torneado se ven misteriosas inscripciones.—Pienso conservarla toda mi vida, formando trofeo con mi vieja espada toledana.—¡Será una reliquia que legaré á mis hijos, si Dios me los concede en su gracia!—Y cruzados en humilde panoplia, ambos instrumentos encerrarán toda mi pobre historia de poeta y de soldado, admirador y enemigo de los Moros...

En la trinchera y en la *Torre de Jeleli* hemos tomado nueve cañones. A la puerta de varias tiendas pacían mansamente algunos jumentos

enanos y hasta veintiséis camellos, que nos servirán de acémilas. Infinidad de granadas y bombas han sido encontradas en el Campamento del Oeste; y, por último, Nuestra Señora de Atocha ha enriquecido su Museo heroico con dos hermosísimas banderas, azul la una y la otra amarilla, cogidas en el Real del príncipe Muley-el-Abbas.

Pero nada de esto es lo que yo quería deciros. Lo que yo quisiera que os imaginaraís es la impresión que nos produjo esta tarde el aspecto general de los Campamentos. Desearía, sí, haceros ver el pintoresco cuadro que presentaban las tiendas entre los floridos árboles; los cañaverales donde estaban atados los asnos y los camellos; las vistosas ropas y raros muebles esparcidos por tierra; las pilas de naranjas y los cajones ingleses llenos de pólvora; la regia hermosura de la tarde, y las flores silvestres que ya decoran algunos parajes de estas antiguas huertas; y desearía además que comprendieseís el encanto que nos causaba el pensar que todo aquello había pertenecido á los Moros hasta pocos minutos antes; que cada objeto acreditaba nuestra victoria, la documentaba, la materializaba, por decirlo así; que podríamos mandar á España aquellos trofeos como testimonio de nuestro completo triunfo; que lo habíamos ganado, en fin, al glorioso juego de las armas, y que nada semejante habían conseguido de nosotros los Africanos cuando atacaban nuestros Campamentos del *Serrallo*, de la *Concepción*, del *Río Azmir* y de *Guad-el-Jelú*.

.....
Pero, ¡ay!, aun nos estaba reservada hoy una impresión de tristeza, digna de mención por sus especialísimas circunstancias.

Hallábase parado O'Donnell con su Cuartel General en medio del Campamento de Muley-

Ahmed, dictando medidas para guarnecer las posiciones que rodean estas huertas y las muchas casas de labor que se ven por todos lados.

Ya no se oía ni un solo tiro... Todos los individuos y agregados del Cuartel General estábamos en torno del Conde de Lucena, llenos de júbilo y entusiasmo, dándonos el parabién como Españoles antes que como militares.

Allí se encontraban también los periodistas extranjeros, que habían llegado á cumplimentar á O'Donnell; los corresponsales de *La Epoca* y de *La Iberia*, Sres. D. Carlos Navarro y Rodrigo y D. Gaspar Núñez de Arce, que nos habían acompañado todo el día y asaltado la trinchera, como todo el mundo; el Sr. D. Jorge Díez Martínez, distinguidísimo caballero, que no se ha separado un instante del General en Jefe durante toda la Campaña; el Conde d'Eu; los oficiales extranjeros; todo el Cuartel General, en fin,—verdadera tertulia amistosa, en que el continuo trato y la comunidad de penas y alegrías han unido con inextinguibles afectos todos los corazones.

De pronto óyese un tiro pójimo, y percíbese el silbido de una bala, que pasa por entre nuestras apiñadas cabezas, y al mismo tiempo siéntese un golpe seco, como el de una aldaba, seguido de un ¡ay! entrecortado por la muerte...

Miramos y vemos á un respetable anciano, correo de gabinete, que ha hecho toda la Campaña, doblarse pausadamente sobre la silla... De su cerebro cae un caño de sangre sobre la grupa del caballo, y la barba blanca de la infortunada víctima levántase lentamente, á medida que su cabeza, atravesada de parte á parte, va inclinándose hacia atrás...

—Muerto... Está muerto... (murmura el general O'Donnell).—Quitémonos de aquí.

Y, mientras pronuncia estas palabras, pasa otra bala por en medio de nosotros; pero sin tocar á nadie...—Indudablemente, un Marroquí se había quedado escondido en alguna tienda, decidido á asesinar al general O'Donnell.

En tanto que se le buscaba (y por cierto que no se le encontró), nos alejamos de aquel sitio, tristemente afectados por una desgracia tan estéril y por la consideración de que aquellas balas habían podido matar, después de su gran victoria, al que ya denominábamos todos EL DUQUE DE TETUÁN; bajamos á la trinchera mora, prudentes y egoístas por la primera vez, como si el triunfo hubiese despertado en nuestro corazón cierta codicia de vivir.

En aquel lugar nos aguardaba otro espectáculo mucho más espantoso, pero que no por eso nos conmovió en manera alguna. Véase allí el efecto producido por nuestra Artillería en el Campamento de Muley-Ahmed.—Tiendas incendiadas, armas rotas, centenares de cadáveres destrozados; aquí una mano, allá una cabeza; en este lado un cuerpo hecho carbón, en el otro charcos de sangre; huellas de pólvora inflamada, jirones de ropas berberiscas, caballos muertos, vituallas y municiones esparcidas al acaso... ¡Oh! Era una cosa horrible; pero era también una patente de gloria y de fortuna para nuestra Artillería. Sobre los parapetos y las trincheras veíanse también los muertos por la bayoneta ó la carabina de nuestros infantes, y muchos heridos que se quejaban lastimosamente.—A éstos se les curó; pero ninguno tenía remedio.

En cuanto á nuestros muertos y heridos, habían sido ya retirados á las casas de campo inmediatas.—No nos amargó, pues, las alegres horas de esta tarde el cuadro de nuestras lamentables pérdidas, que (según acaban de de-

cirme) han consistido en mil ciento quince hombres.

.....
Voy á concluir.

En este momento son las nueve de la noche. Nuestras tiendas han sido levantadas entre las de los Moros; pero muchos dormiremos en las de ellos..., más por ufanía que por comodidad.

Nuestros caballos están atados con los mismos cordeles y en las mismas estacas que les servían á los Agarenos para amarrar los suyos, y se comen el pienso que tenían preparado para esta noche.

En fin, las reses recién muertas (vacas y ovejas) con que pensaban refocilarse los Marroquíes después de la batalla, han sido condimentadas y consumidas por nuestros soldados...

¡Ah! ¿Qué será entretanto de nuestros desgraciados enemigos? ¿Cómo pasarán la noche? ¿Qué comerán? ¿Dónde encontrarán amparo?

¡Infelices!—Allá se fueron, por lo más áspero de esas montañas, desprovistos de todo, solamente cargados de vergüenza y de infortunio! ¿Qué frío pasarán, qué hambre, qué desesperación!

Pero á todo esto no os he dicho lo más importante que está ocurriendo mientras dejo correr la pluma sobre el papel...—¡Admiraos de nuestro valor, y ved si somos ó no somos ya soldados aguerridos!...—¡Es el caso que los cañones de la *Alcazaba de Tetuán* no dejan de lanzar balas rasas á este Campamento! ¡Cuatro horas hace que terminó la lid, y desde entonces, de minuto en minuto, caen entre *nuestras* tiendas pesados proyectiles, que afortunadamente no nos han causado todavía daño alguno, pero que bien pudieran más tarde convertir nuestro reposo temporal en sueño eterno!...

Creemos, sin embargo, que estos disparos ce-

sarán muy pronto...—Los habitantes de la ciudad se habrán reunido en consejo al vernos acampados á sus puertas, y no podrán menos de resolver la rendición de la plaza, con lo cual dejará de hostilizarnos la vigilante fortaleza.

.....
Son las diez de la noche, y los cañones de *Tetuán* siguen haciendo fuego...

Que yo sepa, hasta ahora no nos ha causado ninguna baja; pero, moralmente, esos cañonazos nos incomodan mucho, pues nos revelan que los Marroquíes son tan tercos que van á obligarnos á reducir á cenizas, en cuanto amanezca, la ciudad que idolatran tanto...

Yo, sin embargo, espero todavía en su prudencia...—¡Ah! ¡Fuera horrible que entrásemos en *Tetuán* á sangre y fuego!

Y seré franco... No es sólo la piedad ó miedo lo que me mueve á pensar así.—Es curiosidad artística. ¡Yo tiemblo á la idea de que todos sus habitantes tomen el camino de la montaña!—Yo quiero ver la población, las costumbres, los trajes, los ritos, las fisonomías de los Moros. Quiero hablarles; ser amigo de ellos; penetrar el fondo de su alma; sorprender el misterio de su extraña vida.

.....
¡Las diez y media, y todo sigue lo mismo!

Voy á apagar la luz, no sea que el lienzo de la tienda deje paso á la claridad, y ésta sirva de blanco á los cañones moros...

¡Adiós..., amigos míos; y adiós, *cuatro de Febrero*! ¡Oh! ¡Qué día tan largo! ¡Qué día tan grande!—¡El será eterno en nuestra historia!—A estas horas sabrá ya toda España el triunfo que han alcanzado hoy sus hijos...—¡Quién estuviera ahí! ¡De placer y entusiasmo se me eriza el cabello cuando me imagino la alegría que va á experimentar nuestra bendita Patria!...

¡Ah, noble madre; viuda de ínclitos Reyes y Capitanes! ¡Arroja tus crespones de luto; rejuvenécete, y haz alarde de la antigua fiereza! ¡Tenías hijos..., y éstos han mirado por tu honra y alegrado su triste ancianidad!—¡Tenías hijos, y ellos te vuelven á hacer soberana!—¡Gloria á ti, que no á ellos! ¡Gloria á ti, que fuiste el modelo de sus virtudes y de su gloria!

Vuelvo á encender la luz.—¡El cañón ha dejado de sonar!—Son las once, y hace ya más de un cuarto de hora que no dispara.

Es cosa hecha: el titán ha muerto... *Tetuán* se rinde... La Guerra ha concluído.—Mañana lucirá la paz en Oriente, traída de la mano por la dulce y sonrosada *Aurora*.

II

Primeros Parlamentarios moros.—Intimación á la plaza.
Tetuán capitula.—Los *renegados*.

Día 5 de Febrero, antes de amanecer.

¡Qué grato ha sido esta noche el sueño de los que algo hemos dormido!—Diríase que nuestra alma, libre ya de todo recelo acerca de los enemigos que acabábamos de aniquilar, ha aprovechado las horas del reposo para volver á España y tomar parte en su alegría.—Hemos dormido, en fin, como patriarcas, debajo de estas tiendas imperiales, y aun dormiríamos si no nos hubiese despertado el ya extemporáneo *toque de diana*.

Al escuchar los primeros sonos hemos abierto los ojos con cierta pena, creyendo que la total victoria de ayer había sido un sueño, y que los

clarines matutinos nos avisaban, como otras veces, la hora del combate; pero pronto, el mismo júbilo que respira hoy la conocidísima tocata nos ha recordado á todos la brillante realidad de nuestra fortuna, y de aquí el largo aplauso y gozoso vocerío con que saludan en este momento las tropas (ni más ni menos que al principio de la campaña) los madrugadores acentos de tambores, músicas y cornetas.

Por lo demás, aun no lucen en el Oriente señales del amanecer. Son las cinco, y la más densa obscuridad reina en el Campamento. Sólo se ve alguna leve claridad al través del lienzo de tal ó cual tienda, cuyos moradores acaban de encender luz, mientras que muchos soldados soplan á los mal apagados tizones de las hogueras en que anoche guisaron, á fin de reanimarlos y hacer el café. Cesa, por último, la *diana*: pasa un cuarto de hora, y principia á clarear el día sobre las olas del remoto mar...

Suena entonces una nueva *diana*, que no habíamos oído hasta ahora en los inhospitalarios parajes que hemos habitado.—Hablo del canto de los pájaros.—Ni los montes bravíos ni los estériles arenales son sitios á propósito para que los ruiseñores y las alondras entonen su matutina música; pero en este alegre Campamento, poblado de tantos árboles como tiendas; en este jardín de Marte; en este verdadero oasis, lleno de flores y de verdura, los cantores del aire saludan el primer albor de la mañana, sin sospechar que los guerreros aquí acampados que oyen hoy sus gorjeos no son ya Africanos, sino Españoles; como á nosotros nos parece oír los mismos suaves conciertos que escuchábamos algún día en las alamedas del país nativo.

Amanece al fin. El cielo está azul y transparente. Ni una nube empaña su lucidez. Torna, por último, á nuestro horizonte el padre Sol,

gloria y alegría de los mundos, y con él renace en todos los pechos el ansia de nuevas emociones.

Ni los cañones de la Alcazaba ni los de las puertas de *Tetuán* han vuelto á hacer disparo alguno en toda la noche ni en lo que va de mañana.—Es, pues, seguro que la ciudad se rinde.

Sin embargo, nuestros Artilleros lo disponen todo para un bombardeo inmediato, mientras que en la tienda del General en Jefe se determina alguna cosa de gran importancia que yo necesito averiguar inmediatamente.

.....
¡Ya lo sé todo! ; Se trata de enviar á *Tetuán* un mensaje intimando la rendición!

Los comisionados elegidos son el preceptor de Aníbal Rinaldy, ó sea el cosmopolita Mustafá Abderramán (que, como sabéis, habita en la misma tienda que yo), y un Moro de cierta categoría, hecho prisionero en la batalla de ayer, y llamado *Sidi Mahommad*.—Mustafá Abderramán va vestido á la europea, y usa hoy su primitivo nombre, que es *Pedro Dejean*; lo cual indica que este hombre, hoy universal, fué francés en sus primeros años.

La intimación á la plaza está redactada de una manera sencilla y solemne, propia del Capitán que la suscribe, de las circunstancias que la ocasionan y del mísero pueblo que ha de leerla.

Dice así:

“Al Gobernador de la plaza de *Tetuán*.

“Habéis visto á vuestro Ejército (mandado por los hermanos del Emperador) batido, y su Campamento, con la artillería, municiones, tiendas y cuanto contenía, ocupado por el Ejército español, que está á vuestras puertas con todos los medios para destruir esa ciudad en cortas horas.

“No obstante, un sentimiento de humanidad me hace dirigirme á vos.

“Entregad la plaza, para la que obtendréis condiciones razonables, entre las que estarán el respeto á las personas, á vuestras mujeres, á las propiedades y á vuestras leyes y costumbres.

“Debéis conocer los horrores de una plaza bombardeada y tomada por asalto: evitadlos á *Tetuán*, ó, de otro modo, cargad con la responsabilidad de verla convertida en ruinas y desaparecer la población rica y laboriosa que la ocupa.

“Os doy veinticuatro horas para resolver: después de ellas, no esperéis otras condiciones que las que imponen la fuerza y la victoria.

“El Capitán General y en Jefe del Ejército español,

“LEOPOLDO O'DONNELL.

“Campamento junto á la plaza, 5 de Febrero de 1860.”

Al mismo tiempo se ha leído á nuestras tropas la siguiente *orden del día*, documento no menos notable que el anterior:

“Soldados: En el día de ayer habéis conseguido una completa victoria, tomando al enemigo sus reductos y atrincheramientos, su artillería y sus cuatro campamentos con todas sus tiendas y bagajes. Habéis correspondido dignamente á lo que la Reina y la Patria esperaban de vosotros, y habéis elevado á una grande altura la gloria y el nombre del Ejército español.

“Soldados: Continúad con la misma constancia con que habéis luchado durante tres meses contra los elementos de un clima duro y en un país inhospitalario, hasta que obliguemos al enemigo á pedir gracia, dando á España satisfacción cumplida de sus agravios é indemnización de los sacrificios que ha hecho.

“Vuestro General en Jefe,

“O'DONNELL.”

Volviendo á la *intimación*, habéis de saber que Iriarte y yo hemos resuelto seguir extraoficialmente á nuestros mensajeros, saliendo antes que ellos por una senda que nos han indicado. Una vez fuera de las avanzadas de nuestro Ejército, nos uniremos á la Embajada, y mi amigo Pedro Dejean nos hará penetrar con él y con el Moro en la Ciudad Santa de los Marroquíes... —; Figuraos, pues, nuestra alegría! ; En este momento no nos cambiaríamos por ningún Monarca de la tierra!

—; Que lleves tu álbum de dibujo! —le digo yo á Iriarte.

—; Que lleves tu libro de memorias! —me dice él á mí.

Y apenas nos acordamos de almorzar, ni de que esta expedición nos puede costar la vida. —; Para el uno como para el otro, lo primero de todo es el Arte; es ver á *Tetuán*, es verlo habitado; es contemplar sus seculares misterios..., antes de que los profanen nuestros cañones!

.....
Son las nueve de la mañana, y Mustafá Abderramán y Sidi Mahommad están ya listos...

Van á pie... ; Tanto mejor! — Nosotros dejamos también nuestros caballos, y penetramos en unos cañaverales muy intrincados, que no recorreríamos con tanta calma á no respirarse paz y amistad en el ambiente de esta mañana inolvidable. — Sin embargo, vamos armados de *revólvers*, por lo que pueda acontecer.

Sidi Mahommad nos ha dicho que los aguardemos donde terminan estos cañaverales. — El general O'Donnell ignora nuestra determinación, para la cual no le hemos pedido permiso, adivinando que nos lo hubiera negado, como á todos, pues dicho se está que el Ejército entero querría formar parte de la Embajada.

Acompañan á nuestros Parlamentarios cua-

tro Guardias civiles, más bien con objeto de evitar que les siga nadie, que como escolta de seguridad contra el enemigo. — Así es que, no bien se encuentran ambos Comisionados fuera de nuestras avanzadas y en la estrecha senda empedrada que conduce á la ciudad, los Guardias hacen alto para contener á los curiosos, mientras que Mustafá y Mahommad siguen, ya solos, por el camino.

Nosotros damos entonces un gran rodeo hacia la izquierda, y nos unimos á ellos.

El Moro lleva un pañuelo blanco izado en una baqueta, como señal de Parlamento...

De nuestro Campo á la plaza habrá poco más de un cuarto de legua. — Todo este espacio es un laberinto de árboles, acequias, puentecillos, casas de campo, setos y bardales, vestidos ya de gala por una primavera precoz.

Descubrimos, al fin, completamente á *Tetuán*. Sobre sus murallas aparecen algunas cabezas adornadas de blancos turbantes, las cuales se ocultan á medida que nos ven avanzar... — Ya percibimos distintamente los cañones, la bandera verde del Profeta levantada en la Alcazaba, los arcos de herradura de dos puertas de la ciudad, los alicatados de colores que revisten los alminares, las agujas que los coronan, las blancas azoteas, á que dan acceso estrechos y bajos postigos; mil y mil accidentes de arquitectura, impregnados del más genuino orientalismo, del más característico gusto árabe... —; Ah! ; Nos parece un sueño!

; Y qué silencio! ; Qué calma en derredor! ; Qué mañana tan apacible! — Sólo las flores de los árboles frutales y los pájaros que saludan la vuelta de la estación amorosa parecen habitar en estas comarcas. Respirase un ambiente cargado de balsámicos aromas. El Sol hermosea con sus caricias piedras, aguas, troncos, praderas,

edificios, montañas, cuanto su luz cariñosa alumbraba...—Y el corazón, con su fiel instinto, late alborozado dentro del pecho, como adivinando largos días de felicidad y reposo, de gloria y bienandanza!...

—;Escribe!—me dice Iriarte.

—;Dibuja!—le digo yo á él.

Y, al par que andamos, vamos tomando apuntes de cuanto vemos...

.....
Mas ¿qué gente es aquella que viene hacia acá por entre unos cañaverales?—;Forzosamente, ha salido de *Tetuán* al mismo tiempo que nosotros de nuestro Campo!... —;Ah! ;Traen también *bandera blanca!*—;Bendigamos á Dios! ;La ciudad capitula, anticipándose á nuestra intimación...—;Qué otra cosa pudiera significar ese mensaje?

Nuestros Enviados se paran y dejan avanzar á los del enemigo.

Estos son cinco.—De ellos, cuatro vienen á pie, y el otro encaramado, que no montado, en una mula, enjaezada vistosamente.

Tan raro caballero constituye la retaguardia. A vanguardia camina el de la bandera, que es un tosco morazo, vestido con jaique blanquecino.

De los otros tres, uno viste con lujo, y más bien al estilo de Argel que al de Marruecos.—Los dos restantes parecen Moros de Rey, ó sea *soldados regulares*.

Sin embargo, los cinco vienen sin armas.

No bien divisa esta comitiva á la nuestra, los cuatro de á pie empiezan á agitar sus arremangados jaiques y á tremolar la bandera blanca...

—;Qué significa eso?—preguntamos á Mahommad.

—Significa paz y buena intención—responde el Moro.

—Pues guardemos nuestra carta, y recibamos

la que indudablemente traerán ellos—responde el sabio cosmopolita Pedro Dejean.

Y se mete en el pecho el mensaje de O'Donnell.

Mahommad responde entretanto á las señas de los Marroquíes con otras semejantes; hecho lo cual, nos adelantamos los unos hacia los otros, y se entabla en árabe el siguiente diálogo entre Pedro Dejean y el Moro de la mula.

—;Alá te guarde!—dice este último.

—;El te conserve! (responde nuestro Enviado). ¿Qué mensaje es el tuyo?

—De paz.

—Bien venido seas.

—Busco al *Gran Cristiano*...

(Así designan los Moros al general O' Donnell.)

—;De parte de quién?

—De parte de los vecinos de *Tetuán*.—;Quieres llevarme á la tienda de tu Emir?

(*Emir* significa *General en Jefe*.)

—Vamos andando—responde Dejean.

Y todos nos dirigimos hacia el Cuartel General de O'Donnell.

Los Moros vienen tristes, pálidos, con el sello de un profundo terror en el semblante.—Durante el camino, trábese naturalmente conversación entre ambas Embajadas, y de todo ello, y de mis indagatorias y observaciones, resulta lo que sigue:

El Parlamentario principal de los Moros (el de la mula) es un anciano de severa y trabajada fisonomía, alto, flaco y duro como una palma combatida muchos años por los vientos. Viste ancho calzón azul, media blanca europea, babucha amarilla, jubón de merino negro bordado de seda, largo caftán de paño de color de café y gran turbante blanco, como la faja redoblada que envuelve su cintura.—Llámase el *Hach-Ben-Amét*.

Este ilustre Moro desempeña en el Imperio el

cargo de Cónsul de Austria. Ha viajado mucho, y habla algo el español.—Acompáñale un niño de poca edad, que parece ser su hijo, el cual se quedó atrás cuando nos descubrieron, y no ha tardado en agregársenos al ver que también nosotros veníamos de buenas.

De los otros cuatro personajes, el único digno de mención es el que viste á la argelina. (El traje argelino recuerda, más que ningún otro, al Moro tradicional de España, ó sea al que sale todavía en nuestras mascaradas y teatros. Las prendas que lo componen son: calzón anchuroso de color muy vivo, albornoz ondulado, vistoso chaleco, lujosa faja y muchos alamares y bordados en toda la ropa.)—Este Enviado, viejo también, habla el español á las mil maravillas, según nos dice con expresivas señas el de la bandera blanca, y aun paréceme entender que es tan Español como yo, ó, por mejor decir, que *lo ha sido*...—Sin duda se trata de algún ex presidiario andaluz, renegado ó sin renegar.

Entretanto, Dejean habla con el Cónsul de Austria, el cual le cuenta las grandes cosas que ocurren en *Tetuán*.

He aquí la traducción libre de su relato:

—“La ciudad se halla en la mayor tribulación. Muley-el-Abbas y Muley-Ahmed entraron en ella ayer tarde, después de la pérdida de los Campamentos, á todo el escape de sus corceles, y seguidos de algunos jefes principales.

—“¡El Cristiano está á las puertas! (dijo Muley-Abbas). ¡El que me quiera, el que sea fiel al Emperador, que me siga! Nosotros no podemos defender á *Tetuán*. ¡Dios ha abandonado nuestras huestes! *Dejemos á Tetuán como una isla* (1). ¡Que el Cristiano no encuentre nada en ella!...—Pero el que quiera quedarse, que se

(1) Textual.

“quede.—¡Dios Todopoderoso lo juzgará en su día!”

“Después de pronunciar estas palabras en medio de la plaza, el Emir entró en casa del Gobernador. Cargáronse de dinero y alhajas hasta treinta mulas; sacó de la cárcel, para que no quedasen impunes, algunos presos políticos, casi todos *alcaldes* que habían sido; proveyóse de una tienda y de algunos víveres, y partió por la puerta que da al camino de Tánger.—¡Según su cuenta, anoche mismo debíais dormir dentro de nuestros muros!...

“Muchas familias de *Tetuán* han seguido hoy en su fuga á los Príncipes y jefes militares del Imperio, sobre todo las mujeres y la gente rica. El camino de Tánger está cubierto por una larga caravana de camellos, caballos, mulas y asnos, cargados de muebles, ropas y víveres. La emigración es espantosa...

“Los Príncipes y los pocos servidores que aun les permanecen fieles, acamparon anoche en otra llanura que hay del lado allá de *Tetuán*.—Con ellos van los susodichos presos...—En cuanto al Ejército derrotado, vivaqueó anoche en la Sierra; pero á las dos de la madrugada el hambre y el frío les hicieron acercarse á *Tetuán*.

“Vieron entonces las feroces y desesperadas kabilas que los Cristianos no ocupaban todavía la ciudad, y acordaron aprovechar la noche saqueando el Barrio de los Judíos...

“Todo lo hemos perdido esta tarde (dijeron); pero la *Judería* nos ofrece abundante desquite. “¡A la *Judería*! ¡A la *Judería*!”

“Asaltaron, pues, las murallas del Norte, hacia donde cae el Barrio de los Judíos...; y yo no podría explicaros lo que ha pasado allí esta noche! Sólo sé que hemos oído tristes lamentos, confundidos con el golpe del hacha sobre las puertas... Por las azoteas de las casas vagaban

doloridas sombras, que elevaban los brazos al cielo... El incendio alumbraba á veces aquel cuadro... ¡La sangre ha debido correr como un desatado torrente! ¡El saqueo y la violencia habrán sido espantosos!—Nosotros, los pacíficos habitantes de *Tetuán*, que no podemos abandonarla porque la amamos demasiado y tenemos en ella grandes intereses, estábamos entretanto reunidos en Consejo...—¡Ah..., ninguno ha dormido!...—¿Qué hacer en tamaña tribulación?—¡Si estuviéramos solos, os entregaríamos la plaza; pero las kabilas nos observan; Muley-el-Abbas acecha nuestros movimientos desde la otra llanura, y no bien comprendan que nos rendimos, antes que vosotros hayáis penetrado por una puerta, nuestros cadáveres habrán salido arrastrando por otra!—Al fin, esta mañana nos hemos resuelto los que aquí ves á demandaros consejo y protección...—*Tetuán* quiere entregarse, pero no puede. Nosotros hemos venido sin que nos vea la gente de guerra; pero la gente de paz lo sabe, y nos bendice. Si vosotros nos hicierais el favor de acometer hoy nuevamente á Muley-el-Abbas y á las kabilas, todos se irían mucho más lejos, y la ciudad os abriría sus puertas, porque nosotros sabemos que los Cristianos no queman, ni roban, ni matan al Moro desarmado, ni hacen llorar á las mujeres...—Pero á lo que no nos atrevemos, en el actual estado de cosas, es á seguir entre dos fuegos.”

.....
 Por aquí va en su discurso el *Hach-Ben-Amct* cuando llegamos á nuestras avanzadas.

Por consiguiente, ya no nos es posible entenderlos con ellos, ni pensar más que en la propia conservación...

Innumerable multitud de soldados nuestros se apiña al paso de los Marroquíes...

—¡*Tetuán* se rinde!—gritan mil y mil gozosas

voces, al ver la bandera blanca de los enviados de la ciudad.

Y la alegría, la curiosidad, la sorpresa, mil afectos que podéis figuraros, agitan nuestros Campamentos, haciendo salir de sus tiendas á Generales y soldados.

Los Parlamentarios moros miran con terror y admiración esta muchedumbre vencedora, tantos y tantos pabellones de fusiles, tantas largas hileras de Artillería, todo este cúmulo de poder y de fuerza amontonado á las puertas de su ciudad amada...—Cruzan, pues, tristes y pensativos uno y otro Campamento.—¡Las tiendas moras se levantan aún entre las nuestras!...—¿Qué espectáculo para los míseros Islamitas!...

—“Este... (dirán), éste ha sido el teatro de la batalla que ayer ensordecía los vientos... Estos son los vencedores de nuestros Príncipes... Estos son los indomables guerreros de que hemos oído contar tantas hazañas... Estos son los que nuestros *Santones* y *Derviches* nos dieron tantas veces por derrotados... ¡Estos son los que luchaban allá abajo con las tormentas, con la epidemia, con el *Levante* y con las privaciones!—Y aquí, aquí mismo, han aniquilado hace pocas horas á nuestro soberbio Ejército! Este suelo está húmedo todavía de sangre de nuestros hermanos...—¡Nuestro ha sido cuanto nos rodea!—¡La marea creciente que se desbordó de Ceuta hace dos meses y medio ha subido hasta el Boquete de Anghera, ha devorado después seis leguas de costa, ha invadido una llanura de dos leguas, penetrado en las huertas de Tetuán, inundado los Campamentos musulmanes, y hoy amenaza tragarse á nuestra ciudad santa, á nuestra ciudad querida!...”

Y sólo ahora comprenderán los Tetuaníes toda la extensión del infortunio que ha militado bajo el estandarte del Profeta, y las derrotas sucesi-

vas que ha experimentado Muley-el-Abbas desde el principio de la Guerra.

Pero henos junto á la tienda de O'Donnell.

El General en Jefe no se encuentra en ella.—Dícese que montó á caballo hace una hora, y que recorre todas las posiciones ganadas ayer al enemigo desde la orilla del *Guad-el-Jelú* á la *Torre de Jeleli*.

Búscasele, pues, por todas partes, á fin de que reciba á los Enviados de la plaza; pero no se le encuentra en ningún lado...

Esta circunstancia da tiempo á que se ordene y solemnice en cierto modo la entrevista de nuestro Caudillo y de los Embajadores africanos.—La gran calle que, como en todos nuestros anteriores Campamentos, trazan las tiendas del Cuartel General del General en Jefe ha sido despejada, y está cubierta por dos filas de Carabineros. A la puerta de la tienda del general O'Donnell hállanse alineados los cinco Parlamentarios, en actitud humilde, pero digna. Cerca de ellos forman un grupo todos nuestros Generales. La habitual comitiva de O'Donnell y una infinidad de jefes y oficiales de todas Armas componen otro grupo más á la derecha; y, á los dos lados de esta explanada, vense oscilar millares de cabezas, agitadas por vivísima curiosidad... ; Son los soldados..., los beneméritos soldados, á quienes interesa tanto ó más que á nadie el resultado de la entrevista que se prepara!

Así pasan algunos minutos de inmovilidad y silencio.—Sólo se escucha de vez en cuando alguna orden para que se busque al General en Jefe por este ó por aquel camino.

Al fin resuenan de pronto las majestuosas armonías de la Marcha Real; los centuplicados centinelas presentan las armas, y el general O'Donnell aparece á caballo por un lado de la extensa vía, seguido de un solo ayudante.

Apéase el victorioso Caudillo delante de su tienda; saluda con grave y cortés ademán á los Enviados, y penetra en ella el primero, indicando al paso á los Embajadores, con otra acción llena de exquisita superioridad, que pueden penetrar en pos de él.

Hácenlo así los Moros, no sin clavar antes á la puerta de la tienda la *bandera blanca*, y un nuevo silencio, que deja adivinar la preocupación de todos, reina en nuestros dilatados Campamentos durante los breves minutos á que se reduce aquella conferencia tan solemne.

Los que estamos más cerca de la tienda percibimos algunas palabras de O'Donnell y de los Parlamentarios.—Todos hablan en español. El General en Jefe se produce con sentido enojo, con severa fortaleza, con cierta mezcla de rigor y lástima. Las palabras *crueldad*, *inhumanidad*, *barbarie*, salen de sus labios. (Alude sin duda á la saña feroz con que los Moros han tratado á nuestros prisioneros, degollándolos despiadadamente.) Luego habla de *generosidad*, de *perdón*, de *tolerancia* con los vencidos, de *Tetuán reducido á escombros*, de *bombardeo*, de *plazo improrrogable*...

Los Marroquíes tartamudean excusas; hablan en voz baja, se quejan, repiten mucho las palabras *Cristiano...*, *piedad...*, *protección...*, y protestan de su buena fe, de la verdad de sus palabras, de la lealtad de su mensaje.

Al fin el General en Jefe llama á un ayudante, y le pide el pliego que Dejean y Mahommad se habían encargado de llevar á la plaza.

Vuelve el pliego á poder de O'Donnell, y al cabo de un momento los Marroquíes salen, trayéndolo en la mano.

Es decir, que ellos mismos harán en nuestro nombre la intimación á *Tetuán*.

—Mañana á las diez tiraré el primer cañón.

zo—dice O'Donnell al Cónsul de Austria cuando éste le saluda para marcharse.

—Antes de las diez tendrás la contestación... (responde el Moro); pero desde el amanecer debes mirar á la Alcazaba.—¡Si no ves en ella nuestra bandera, es señal de que *Tetuán* se rinde!

—Pues hasta mañana —concluye el General en Jefe.

Parten, finalmente, los Marroquíes escoltados por algunos caballos nuestros, mientras que mil y mil voces preguntan en nuestro Campo:

—¿Qué hay? ¿Qué dicen? ¿Qué se ha resuelto?

Entonces corre de boca en boca el siguiente resumen auténtico de la conferencia:

—La ciudad quiere entregarse, pero no se atreve á hacerlo por miedo á las kabilas. Los Tetuaníes nos ruegan que vayamos á ayudarles contra su mismo Ejército. Nosotros hemos contestado que si mañana á las diez no ha abierto la ciudad sus puertas, á las once será un montón de escombros.—¡Allá arreglen los Marroquíes sus desavenencias domésticas! ¡El Ejército y el vecindario de *Tetuán* verán, pues, lo que más les conviene! Por nuestra parte, no estamos dispuestos á fiar la vida de un solo soldado á la lealtad de cuatro Moros oficiosos...

Reprodúcense, pues, las cavilaciones y las conjeturas.—La rendición de *Tetuán* (pensamos todos), aun dado caso de que se verifique, no traerá forzosamente consigo, como creíamos antes, la terminación de la Guerra, puesto que el Ejército marroquí, ó, por decir mejor, Muley-el-Abbas, representante del Imperio, protesta contra la entrega de la plaza, lejos de capitular con ella...—Es decir, que quien demanda *paz* no es el enemigo que combatíamos; no es el Emperador; no son sus tropas, sino los habitantes iner-

mes de una ciudad desguarnecida. ¡Es decir, que tantas derrotas no han quebrantado aún el fiero orgullo de nuestros adversarios; los cuales, ó esperan todavía en su valor, ó están resueltos á perecer desde el primero hasta el último, sin confesarse vencidos!...

Ciertamente, nada peor podía sucedernos...—Las guerras de desesperación, ó, por mejor decir, las guerras á la *desesperada* (como la de la *Independencia*, que sostuvimos nosotros contra los Franceses hace cincuenta años), no tienen término ni límite, y si llegan á concluir es por consunción de los Ejércitos que comienzan triunfando.—Cuando un pueblo se resuelve á no capitular con el invasor, las victorias son vanas quimeras, máxime si se trata de una nación desorganizada, sobria, que carece de industria y de grandes intereses colectivos, como el Imperio de Marruecos.

Aquí, donde casi no existe unidad social; donde cada individuo se rige y sostiene por su propia cuenta; donde apenas se reconocen otras necesidades que el comer, y el comer se limita á tragar un poco de maíz triturado; aquí, digo, casi no tendría *trascendencia nacional* la pérdida de una plaza, de una provincia ó de la mitad del Imperio.—La población, arrojada de sus hogares, se replegaría al Sur, y, provista de pólvora y de balas, volvería todos los días sobre nosotros, y lucharía años y años sin debilitarse, mientras que nosotros empobreceríamos lentamente nuestra Hacienda y aniquilaríamos nuestro Ejército.

Aquí no hay Ejército ni Hacienda: todos son soldados voluntarios, y todos viven de recursos propios...

Para herir, pues, de muerte al Estado tendríamos que extirpar toda la raza; que hacerla desaparecer; que matar diez millones de hombres,

y ocupar veinte mil leguas cuadradas de territorio...—; Yo me estremezco, por consiguiente, á la idea de que el enemigo no se dé ya por dominado; de que no se alarme por la pérdida de *Tetuán*; de que se resuelva, en fin, á hacer la guerra indefinidamente!

Pero ¿adónde vamos á parar?—Volvamos á nuestra relación, y esperemos los sucesos.—; Quién sabe si todas estas reflexiones serán anticipadas y prematuras! ; Muley-el-Abbas y su hermano el Emperador podrían muy bien abrir los oídos á los consejos de la prudencia!...

.....
Decía que acaban de marcharse los Parlamentarios de *Tetuán*.

Nosotros, aunque poco satisfechos de su mensaje, no estamos, sin embargo, tan serios y preocupados como pudierais deducir de las precedentes reflexiones; pues lo cierto es que, á lo menos por ahora, se acabó la sangre; que el Ejército enemigo está deshecho; que hemos coronado felizmente la Campaña; que nos hallamos vivos en el momento dichoso de la victoria; que el cólera ha desaparecido casi completamente; que *Tetuán* nos abrirá sus puertas de un modo ó de otro dentro de veinticuatro horas, y que allí nos aguardan curiosísimos espectáculos...—Si más adelante es menester volver á pelear, ¡pelearemos!

Por otra parte, el regocijo que ahora mismo conmovió á toda España parece que vibra ya en el ambiente que respiramos... ¡Fuera, pues, melancólicos pensamientos! ; Abandonémonos al placer de nuestra fortuna; bendigamos á Dios, que nos ha sacado salvos y con honra de tan multiplicados peligros, y creamos y esperemos en mayores felicidades!

.....
A cosa de las doce vienen á visitarnos otros

cuatro vecinos de *Tetuán*.—Este segundo Parlamento no tiene ningún carácter oficial ni oficioso, guerrero ni municipal.—La curiosidad solamente trae á nuestras tiendas á los cuatro Africanos.

Dos de ellos son Argelinos, y todos parecen gente pacífica y de mediana posición. Nos agasajan mucho, y ponderan el deseo que tenían de que ganásemos la ciudad. Describen los malos tratos que han recibido de las autoridades imperiales; nos ponderan la oposición de los Tetuaníes á la continuación de la Guerra, y nos hablan de futuras concordias, de alianzas entre Moros y Españoles, del odio que sienten hacia los Ingleses y de otra porción de falsedades...

—“; Los Ingleses nos han engañado! ; Nos han vendido! (dicen). Primero nos aseguraron que erais muy pocos y muy cobardes; que no teníais cañones ni comida, y que al cabo de ocho días de penas, os veríais obligados á volver á España, ó quedaríais todos aquí muertos y prisioneros, como el antiguo Ejército del rey D. Sebastián. ; Después nos prometieron ayuda y protección contra vosotros, y ya veis que nos han abandonado!—Español..., bueno y valiente... (concluye uno, que medio habla castellano). Moro..., también valiente y bueno. Inglés..., falso, y tú y yo cortar cabeza de Inglés.”

En esta segunda diputación viene también un *renegado*, el cual ha tenido la franqueza de confesarnos que lo es.—Llámase *Robles*; fué relojero en Cádiz, y vive en el Imperio hace más de veinte años.—Cualquiera le hubiera tomado por un Arabe puro y neto... ; Tan mora es su fisonomía!

En lo demás, la aparición de cada uno de estos desenterrados ó resucitados que van surgiendo á nuestra vista á medida que turbamos el largo silencio en que ha yacido el Imperio de

Marruecos, quiero decir, la contemplación de cada *renegado* que encontramos en estas tierras no pertenecientes al mundo conocido, nos produce una emoción extraordinaria muy digna de análisis.

En efecto: experimentábase no sé qué asombro parecido al que os causaría hallar *vivo* al tiempo de derribar una casa á un hombre que hubiese sido *emparedado* muchos años atrás, ó á la impresión que os produciría descubrir repentinamente una ciudad subterránea, ignorada de los geógrafos y arqueólogos, y *habitada* por gentes incomunicadas siglos y siglos con el resto de los humanos.

Digo más: al encontrar en esta inexplorada región semejantes personas, olvidadas del mundo en que se agitaron algún día, muertas civilmente, muertas también para sus parientes y amigos, perdidas en el tiempo como fantasmas disipados en el espacio, y al encontrarlas vivas, con memoria de lo que fueron, hablando la lengua patria con cierto rubor, cual si creyesen ofender el venerable idioma de sus padres (aquel idioma que abandonaron, que procuraron olvidar, que no ha resonado en sus oídos durante tanto tiempo, pero que dormía en su alma, vívido, inalterable, incorruptible, como un remordimiento en la conciencia); al oír á estos miserables decir: “*Yo soy, ó (más bien) YO ERA Fulano*”; al oírlos citar su nombre, que ya no es su nombre; hablar de su pueblo, que ya no es su pueblo; referirse á una esposa, que han reemplazado con varias; aludir á sus hijos ó á sus padres, de los que ignoran (¡viles, inicuos, desalmados como fieras!) *¡hasta si existen todavía!*...; al oír todo esto, digo, acuden á mi mente mil maravillosas escenas ideadas por la fantasía de los vates...

Y ya recuerdo la bajada de Eneas á las regio-

nes plutónicas, y sus encuentros con los pasados Griegos y los *futuros* Romanos; ya el paseo de Dante por los tres Reinos de la Muerte; ya el prodigioso descubrimiento de Pompeya y Herculano; ya la exhumación de las seculares momias egipcias;—ó bien presiento las supremas entrevistas del Valle de Josaphat, el día de la gran cita de los pecadores, y los diálogos que luego tendrán lugar, en la Gloria, en el Infierno ó en el Purgatorio, entre los hijos de todas las Edades...

Pero veo que estoy por demás hablador.—Reservemos para mañana tan felices disposiciones; pues mañana no han de faltarme interesantísimos asuntos en que emplearlas si, como creo, se verifica nuestra entrada en *Tetuán*.

III

Entrada del Ejército español en *Tetuán*.

TETUÁN, 6 de Febrero.

¡Al fin llegamos! ¡Al fin puedo fechar estas cartas en *Tetuán*, después de haberlas fechado en tantos puntos del áspero camino!—*Ceuta*, el *Serrallo*, la *Concepción*, *Castillejos*, *Río Azmir*, *Cabo Negro*, *Guad-el-Jelú*, las *tiendas enemigas*..., todos estos nombres, teñidos de sangre, con que he encabezado tantas veces mi *DIARIO*, me parecen ya ensueños de la imaginación. Aquellas móviles ciudades de lona han desaparecido como vanas quimeras. Nuestros Campamentos sólo viven ya en la Historia. Tantas noches pasadas bajo la tienda ó al amor de la lumbre, en la cima de las agrias montañas, en ignorados bosques, en solitarias llanuras, á la margen de olvidados ríos; el triste invierno en que hemos